

## Lo que hizo Cortés en Nito

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algún español ó indio del pueblo, que más particularmente le declarasen cuyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un río grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos días, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los más enfermos, y que eran de Gil González, y tenían por capitán á Diego Nieto, y que Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil González, que le mataron, idos á Méjico por tierra y gobernación de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y quería ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el río, y luego partióse. Tardó en llegar tres días, y en pasar el río con todo su ejército cinco, porque no tenían más de un esquife y una ó un par de canoas. Muy gran consolación fué para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podían más andar, y los que estaban no tenían salud ni qué comer. Érale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á buscarla; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trujeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores, y tan poca la vianda que había, que perecían de hambre, y verdaderamente pere-

cieran sino por unos pocos puercos que aún duraban, y por las yerbas y raíces que cogían los mejicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvida, que aportase allí á tal tiempo un navío que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de mal año. Cortés compró aquel navío con todo el bastimento; que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantín de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniese. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre. Salían desde Nito á correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba diez y ocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposición y manera de poblar allí, y por tener otro la posesión, apareja sus tres navios para irse á la bahía de San Andrés; envía á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar más copia de bastimentos, por si se detenía mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metióse con ellos en el bergantín y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el río, topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circuito, sin población ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que boja más de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y aji que pudo

coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro día entró por un rjattillo, dejó allí las barcas y el bergantín, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A media legua topó un pueblo yermo y caído, que muchos estaban así con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debía ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres.

Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; había en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo había, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco ríos, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. Á puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, según picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacía. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago, se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entre ellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se

halló allí grano de maíz; y dos días después que llegaron, se partieron para otro lugar más grande, que decían los presos ser muy proveído de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un río hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos días había que no la comían. Hallaron mucho cacao, ají, frisoles, fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargaran, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podían llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de Méjico, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un río que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guía, á traer el bergantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogían á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del río. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fuése por agua. Harto peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no había más de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Albarado; que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de

árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aún tomó mucho más de otros pueblos; con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornar á Nito treinta y cinco días.

#### Cómo llegó Cortés á Noco

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil González, y fuése á la bahía de San Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte días, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y ríos, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales había veinte de caballo. Llamóle Natividad de Nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuése á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que había buen camino, aunque algunos ríos de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve días en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le había traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habían pasado Gil González de Ávila y Francisco Hernández, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, según ya tengo relatado. Pidiéronle perdón

por haber seguido algún tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer más, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. Él los perdonó, y restituyó los oficios á los que primero los tenían, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos días que llegó, envió un español de aquellos, que entendía la lengua, y dos mejicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabezas de provincias, á decirles cómo el capitán Cortés, que estaba en Méjico Tenuchtitlán, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atención, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber más por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle; ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mejicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad, y fuéronse. Dende á cinco días vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitán que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que quería de ellos, ó buscaba por aquella tierra, y que no venían ellos á verle, porque tenían temor de que los llevasen en los navíos, como habían hecho á otros poco tiempo antes, que, según se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaría de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ánte él los señores, y sabrían muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrían decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijese cómo venía para la conservación de sus personas y haciendas, y para salvación de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó

le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de más de quince pueblos, señorios por sí, con bastimentos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traía, y otro carabelón de los que arriba nombra- mos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribi- bió á Méjico y á todos los concejos su viaje, y cómo cum- plía al servicio del Emperador detenerse por aquellas partes algunos días. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navío, que tomase de camino sesenta es- pañoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de San Antón. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y más de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguani- go, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantín envió á la isla Española con cartas para los oido- res, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamaica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de Méjico

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada día nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cier-

to, en un navío que venía á la Nueva-España, de mercade- res, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijieran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vino á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en Méjico había muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del Rey que dejó por sus tenientes, y cómo Gon- zalo de Salazar y Peralmíndez se habían hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habían hecho las honras por tal. Que habían pren- dido al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz, y que habían puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban pre- so á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leía Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Al ruin ponel- de en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguie- ron toda su vida.» Retrájose á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era me- jor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres días procesión y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que más servi- cio de Dios fuese. Á la fin pospuso todo lo otro por ir á Méjico á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que lo habían revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peo- nes españoles y treinta y cinco de caballo. Envió á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á Méjico por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallán, camino hecho, llano y seguro; y embarcó-

se él en aquel navío que le trujo tan tristes nuevas, para ir á Medellín. Estando sobre un ancla no más, muy á pique de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolución entre los vecinos. Allanólos con castigar los revoltosos, y pasados dos días, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la entena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres días en adobarla. Salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un día. Recreció un norte tan recio y contrario, que rompió el mástil del trinquete por los tamboretas. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no quería que dejase aquella tierra ni que fuése á Méjico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se había vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martín Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navío, que había de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocación de todos cuantos poderes hasta allí había dado y hecho de la gobernación. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de Méjico, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martín Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á Méjico, aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegada á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

#### La guerra de Papaica

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver qué cosa

era, con treinta compañeros á pie y otros tantos á caballo. El cual fué, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin reñir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérsele por amigos, y cada día traían á Tujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con aperecibimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles á pie y á caballo, y muchos indios, que saltearon una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad y prendiéronle; el cual, preguntado por qué había sido malo é inobediente, dijo que ya se hubiera él venido á dar, sino que Mazatl era más parte con la comunidad, y no consentía en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espiarlo hía, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacían luego, la tierra estaría pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl; á quien fué dicho lo que Pizacura decía, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica, y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fué Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual

se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvían á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sino tuviéronle preso con otros dos señorcetes y con un mancebo que, según pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores. Á esta sazón vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernández, y dijeron cómo había llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernández, teniente de Pedrarias, y que venía al puerto ó bahía de San Andrés, do estaba la villa de la Natividad de Nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernández que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernández se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por propios. Cortés escribió á Francisco Hernández rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el Rey, y envióle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas porque Pedrarias degolló después al Francisco Hernández. Idos éstos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacían otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya de esto tenía aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos

querellantes á Gabriel de Rojas, que así se llamaba el capitán de Francisco Hernández, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que había tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernández, se volvió luego adonde vino; que, según pareció, Francisco Hernández estaba en aprieto con un motín que hacían contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se quería quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bullicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, quería ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

#### Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venía á llevarle á Méjico para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prisión de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del fator Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el Rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo había hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenían muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo quería mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenía muchos

indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallán, proponiendo de ir por allí la vía que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenían en grandísima estimación por haber ganado á Méjico Tenuchtitlán; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindón, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveídos para hospedarle y festejar en sus pueblos y tierras. Mas empero á importunación de fray Diego Altamirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navíos, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les había hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. Él les dió sendas cartas de amparo; y porque no podía detenerse, ni tenía los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa de esto fué que en Cuba y Jamaica armaron y fueron á cautivar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitán de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezuquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de

Merlo, por lo que Cortes le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituídos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navíos á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mejicanos, y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen á Méjico y la obediencia que tenían á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 25 de Abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatán y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio vendabal, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacía los navíos; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez días holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traían alguna necesidad. Allí supo, de unos navíos que venian de la Nueva-España, cómo Méjico estaba más en paz después de la prisión del fator Salazar y de Peralmindez, que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho días á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego á tierra en los bateles; fué á pie á Medellín, que estaba cinco leguas; entróse en la iglesia á hacer oración, dando gracias á Dios, que le había tornado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creían, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él había trabajado y padecido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino más de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo á Méjico por Cuahutemallán y Teocoatepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos mesés hierbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas;

y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochein. Podrá ser que á muchos no placirá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

#### Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés

Luego que Cortés llegó á Medellín, despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. Él les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar á nadie, porque el Emperador los castigaría. Estuvo en Medellín once ó doce días, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallán le recibieron muy bien. Á do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrecimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podía ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera

Motezuma, salieron á verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tenían atabales, bocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fué derecho á San Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído á tanto descanso y seguridad.

#### De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés

Era Cortés el más nombrado entonces de nuestra nación; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narváez, que andaba en corte acusándole; y como había mucho que no tenían los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el Rey, y pretendía aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzmán, y de Honduras á Simón de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martín Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos.

No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveídos supieron guardar el secreto cual convenía, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en